

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año IV

Mahón 11 de Diciembre de 1930

Núm. 400

Orígenes de la escritura

—¡Ay, Abuelito!... ¡qué bien se está aquí, con este fresquillo que reconforta!...

—¡Sí, hijo mío, sí!... Por un mes hemos salido del calor enervante de la ciudad condal, y tuvo acierto tu mamá en elegir este lindo rincón de la Costa Brava donde tan a gusto se respira.

—¡Ay, sí!... Yo estoy encantado. —Lo veo, y hasta tal punto, que te has olvidado del día a que estamos hoy y de algún nombre de los que figuran en el santoral.

—Pues no señor; no se me ha olvidado; y en prueba de ello, mira la carta que le escribo a papá felicitándole por el día de su Santo.

—¡Ah, pillín!... ¡y qué guardado te lo tenías!... ¡A ver... a ver!...

Y tomó de manos de Dominguín un pliegucillo en el que el muchacho había garrapateado unos versos bastante malejos, aprendidos sabe Dios dónde, y que terminaban:

Dominguín te quiero tanto,
que pide al Señor, rendido,
que tengas placer cumplido
en el día de tu Santo.

—¡Andal conque... ¿hasta versos? —Es una décima que aprendí de un chico del colegio.

—Y que él la aprendería sabe Dios de quién, porque eso de las décimas de felicitación estaba muy en moda cuando yo era niño.

«En cuanto a la escritura, creo que has adelantado mucho. Ya no son los garrapatos que trazabas hace unos meses, que parecía griego.

—¿Griego? ¿Pues cómo escribían los griegos, Abuelito?

—De una manera muy enrevesada. Figúrate que el primer alfabeto que usaron fué introducido en aquel país 1519 años antes de la venida de Jesucristo...

—¡Jesús!... —Sí, y lo introdujo Cadmo, hijo de Agenor, rey de Fenicia.

«Al principio el abecedario constaba sólo de letras mayúsculas que imitaban la forma de objetos distintos: la D, por ejemplo, era un medio anillo; la O un anillo entero; la E un rastrillo; la T un martillo, y así hasta concluir.

«Entonces era distinto el modo de trazar las líneas de letras en algunos países, pues mientras los romanos escribían los clavonios y demás pueblos europeos las trazaban, como nosotros ahora, de izquierda a derecha, los hebreos, los sirios, árabes, griegos y persas las trazaban de derecha a izquierda, y de alto a bajo los chinos y los egipcios.

—¡Qué cosa tan rara!... Y dime: ¿se conocía ya entonces el papel?

—¡No, hijo, no! La primera fábrica de papel, parecido al que actualmente usamos, se estableció en Hensford, ciudad de Inglaterra, en el año 1588.

«Las primeras letras se grabaron sobre piedra, bronce, cobre y madera.

«Sin embargo, los egipcios se sirvieron desde tiempo inmemorial, primero de las hojas fibrosas de las plantas y

luego de la corteza interior de ciertos árboles y en particular del tilo, en el que la vegetación forma cada año páginas nuevas de este tejido; capas que se separan fácilmente durante la primavera. Al conjunto de esas hojas llamaban *liver* los antiguos.

—Y ahora decimos libro: ¿no es eso, Abuelo?

—Exactamente. Más tarde se sirvieron del papiro, caña que crece en las márgenes del Nilo y que está coronada por una panocha de hojas tenues como la cola de un caballo. Con esas hojas se fabricó el primer papel conocido, al cual se llamó *papiro*.

«Dos siglos después de establecida en Inglaterra la primera fábrica de papel, inventó Barkerville el papel vitela, que se fabrica con las pieles curtidas de las terneras, y durante la Edad Media estuvo en uso el pergamino, que eran las pieles curtidas de los animales.

«La primera tinta que se usó se extrajo de las heces del vino, del hollín, del carbón de pino y del licor que destila una clase de moluscos.

«Al principio mojaban en ella cañas delgadas, luego pinces y por último las plumas de ave, las que hemos substituido por las de acero, con las que se traza esa magnífica letra inglesa que tiene tu maestro, y esa bonísima letra con que has felicitado a tu papá.

—¿Y siempre se ha escrito lo mismo que ahora.

—No, hijo, no. Hasta el siglo nueve se escribieron las palabras sin espacios entre ellas, y entonces se empezaron a separar, y hasta mediado el siglo XV no se introdujo la verdadera ortografía, dividiéndose los períodos y oraciones gramaticales por medio de las comas y los puntos.

—Entonces serían muy escasos los libros, Abuelito.

—¡Claro! Como que eran todos manuscritos.

«Figúrate que en el siglo XIV, en Oxford, Cambridge y Londres, había más de 6 000 escribientes ocupados en copiar los libros que en las bibliotecas de los conventos y casas de los grandes existían, y el número de escribientes establecidos en París y Orleans pasaba de diez mil, y era inmensa la venta de sus obras, atendida la lentitud de los procedimientos.

«Entonces se consideró como un prodigio de trabajo el que se copiara una Biblia en cinco meses.

«Y a medida que crecía el número de copistas, crecía el de lectores, hasta que en 1442 apareció Gutemberg con su precioso invento de la imprenta.

«Sin embargo, habla ya de tipos móviles de madera y de marfil, San Jerónimo, en el siglo IV de la Iglesia, pero hasta que Gutemberg dió al mundo su famoso invento que llevó el bien y el mal a todos los ámbitos del mundo, los conocimientos eran patrimonio de unos pocos.

«De Maguncia partió la llama de la difusión del saber, que se esparció por el mundo e hizo que la humanidad adelantara con pasos de gigante.

—¿Cómo has dicho que el invento ese lleva el bien y el mal? ¿Quieres explicármelo?

—¡Sí, hijo, sí!... Porque la imprenta es un arma de dos filos, pues con los mismos tipos con que se ensalzan y preconizan las mayores virtudes, se da pávulo a los mayores delitos, a los más atroces crímenes.

—Entonces...

—Es según el uso que de él haga el que maneja ese invento maravilloso; el mismo; el mismo veneno que mata, da a veces la salud, según quién y cómo se administra.

Es curiosísimo cuanto me has dicho, y lo recordaré.

EL ABUELO

La opinión ajena

Un labriego... el tío Bruno con su hijo

Ramonín, niño canijo

y muy tuno,

que llevaba del ronzal

a un borrico traspellado,

regresaban del mercado

semanal,

en el que habían vendido

las verduras y hortalizas,

y como que el recorrido

era muy largo, hecho trizas

iba el chico

cuando: —Monta en el borrico—

dijo el padre, y al momento

cabalgó sobre el jumento.

—¡Vaya un nene!... ¡Bien comienzas!

(gritó airada una comadre);

él montao, y el pobre padre

a pie... ¡Vaya un sinvergüenza!

Quiso al oírlo el muchacho

apearse, y le dijo el padre:

—Deja a esa perra que ladre;

no te de ningún empacho.

Más allá, bajóse el chico

y montó el padre en el burro.

Al verlos, gritó un baturro:

—¡Rediez con el hombrecico!

El a caballo amontao

y el muchacho, traspellado

sigue a pie!... Ya no hay conciencia

ni vergüenza, ni prudencia!...

«Vaya un hombre desahogao!...

—¡Padre! ¡Padre! ¿No oye usted?

dijo Ramón. —No seas bolo,

porque no será eso sólo

lo que oírás; aguárdate.

Más lejos, los dos a pie

marchaban junto al jumento,

y al momento

gritó un señor... de tupé.

—Son más bestias que el borrico.

pues va el asno descansado

y ellos van a pie a su lado...

¡Vaya un hombre y vaya un chico!...

Por fin montaron los dos

sobre la bestia cansina

y se armó una tremolina

que por voluntad de Dios

no terminó en sarracina.

Gritan unos! —Que cruceza!...

¡Pobre animal!... —¡Que lindeza!

(dijo un chusco muy bromista)

Ya tenemos a la vista

tres burros en una piezala...

Y los denuestos crecieron

y las comadres chillaron,

hasta que al fin, arrearón,

y del aprieto salieron.

—¡Hijo! Por diversos modos

y de manera ostensible,

ya has visto que es imposible

que llueva a gusto de todos;

que te sirva de experiencia,

y guarda en lo mas profundo

de tu pecho esta sentencia:

«Si has de vivir en el mundo

oye sólo a tu conciencia!»

AMAR

LA TORTUGA

La tortuga sintió deseos de viajar, pero como le faltaban los medios, decidió recurrir a la ayuda ajena.

Después de larga reflexión se fué a visitar a dos patos amigos suyos.

—Quisiera andar y conocer el mundo—les dijo—. Pero como camino tan lentamente me sorprenderá el invierno, y ya sabéis cuánto le temo al frío.

Los patos movieron la cabeza en señal de asentimiento.

—He venido—continuó la tortuga—a proponeros que me ayudéis. A semejanza de los hombres, viajaré en aeroplano.

—Es una idea. Pero ¿cómo haremos para llevarla?

—Me colgaré por los dientes de un bastón, y vosotros lo sostendréis cada uno de un extremo al volar.

—¡Probemos!—dijeron los patos.

En efecto: buscaron un bastoncito, la tortuga se colgó en el centro y los patos levantaron el vuelo.

Encantada la viajera no pudo menos que exclamar:

—¡Qué inteligente soy!...

Pero al abrir la boca se cayó, y fué a parar a un pantano, donde felizmente no se hizo daño.

La vanidad perdió a la tortuga, como pierde a todos los vanidosos.

CURIOSIDADES

Las águilas, para que sus hijuelos aprendan a volar, los llevan sobre sus alas.

* * *

Los pájaros no pueden retroceder sin dar vuelta.

* * *

En Sierra Leona se hablan sesenta idiomas distintos.

* * *

Las cataratas del Iguazi son mucho más altas y el doble más anchas que las del Niágara.

* * *

En Bergen (Noruega) existe una iglesia muy curiosa para el turista: está hecha de papel impermeabilizado con una capa de cal viva, mezclada con leche cuajada y clara de huevo.

* * *

El azúcar se encuentra en doscientas variedades de árboles y plantas.

LA MÁQUINA INFERNAL

Para construir esta sencilla máquina explosiva hacen falta cinco mondadientes de madera. Dos se colocan en cruz sobre una mesa; un tercero colocado por encima, siguiendo la línea media de la X así formada. Los restantes se colocarán perpendicularmente a los extremos de esta línea media. Los extremos de esos transversales pasarán bajo los de los que forman la X, mientras que por el centro pasarán sobre el que forma la línea Media. Este último será así curvado ligeramente, y los transversales quedarán sujetos para que el conjunto se mantenga.

Ahora hay que construir el personaje que va a ser víctima de la explosión. El cuerpo, un corcho; las extremidades, cuatro cerillas, y la cabeza, con miga de pan.

El aparato se coloca sobre la base de un vaso invertido, y sobre una extremidad del mondadientes central, montará el personaje. Ya no hay más que arrimar la mecha a uno de los ángulos del aparato.

La explosión se produce. Habiendo destruido el fuego el extremo de uno de los pabillos todo se disloca, y el central se endereza como un resorte, proyectando al aire todo el sistema y la figura.

LAS BELLEZAS NATURALES

Las mariposas y su coloración

La Naturaleza, que tan rica y variada se muestra en sus distintas manifestaciones, parece haber querido echar el resto en la serie infinita de mariposas, cuyos bellos coloridos, en escala policromada infinita, tantos encantos producen en niños y hombres.

De pequeños, corremos tras ellas para cogerlas; nos gusta admirar sus dibujos sorprendentes, si bien al poco rato nos cansamos y nos decidimos a aprisionarlas en las hojas de un libro, sin fijarnos que destruimos un ser tan bonito y que su libertad no causa daño ninguno, ya revolotee sobre las flores, bien alrededor de los arbustos, ya haciendo mil piruetas en el aire.

De mayores no hay quien se muestra indiferente ante esa variedad asombrosa de bellísimos colores que se presenta en las mariposas.

Nuestra vista se complace en observar un ejemplar, cuyas alas constituyen una obra maestra en coloridos y tonos de alineación, perfectamente simétrica, formando caprichosos dibujos, de perfección tal, que el pincel del más notable pintor no sabría imitar ni en los colores tan fantásticos ni en la forma tan bella de su composición.

Su delicadeza, tan tenue, tan frágil, es una maravilla; no nos atrevemos a tocarla; la respetamos con veneración mientras la vista la observa. Vuela, mariposa, vuela, luce tus soberbios encantos en los pocos días de existencia que la Naturaleza te concede y marcha de un lado para otro pregónando las maravillas de la creación.

Vuela, mariposa blanca, para que ilusiones con tu presencia tantas cabezitas locas necesitadas de amor; revolotea, mariposa negra, para que lleves a muchos alocados tristes presagios, simbolizados en tu color; volad todas, amarillas, verdeoscureas, violáceas, naranjadas, que sois bellezas naturales en escala infinita de tonalidades sin cuento. Posáis sobre una flor y apenas la tocáis, como si temiérais marchitaros; giráis en el aire y lo hacéis con toda majestad, ostentando orgullosas vuestro lindo ropaje de púrpura, de grana y de oro.

Sois una ilusión tenue, imperceptible; sois un engaño pasajero, leve, pero siempre sois bellas, creaciones de la Naturaleza, y el viento que derrumba obstáculos enormes, no puede tronchar vuestras alas vaporosas, porque tenéis el poder de plegarlas y subirlas, sin detrimento de vuestros encantos; por eso os lleva y os atrae, os zambulle, en ocasiones parece que os destruye, y siempre permanecéis intactas; os respeta, como si temiera manchar vuestra belleza encantadora.

La ciencia ha querido escudriñar el misterioso colorido de vuestras alas; se ha propuesto indagar la causa y origen de sus colores, y, después de muchos trabajos de investigación, declaró su impotencia; misterio profundo, incomprensible de la Naturaleza.

Hace años, el célebre naturalista Urech examinó un sinnúmero de mariposas, y creyó en la existencia de relaciones íntimas entre el pigmento de la secreción y los colores que ostentan las alas de los lepidópteros; pero luego, al proseguir sus experiencias, tuvo que reconocer que el azul

y el violeta de las escamas de las mariposas son debidos a las interferencias, sin guardar analogía con la secreción.

También hizo numerosos ensayos el naturalista Bicer sobre la coloración de las mariposas, y entre las causas que pueden alterarlas señaló la alimentación. Fundándose en esta teoría, el célebre observador doctor Pouly examinó doce ejemplares de la misma especie, alimentándolos con diferentes sustancias, y después de innumerables y pacienzudos trabajos, notó diferencias entre las rayas blancas de las alas y las rayas transversales del abdomen, debidas a las distintas sustancias con que se habían alimentado las larvas, u orugas.

Conjeturas, probabilidades, y nada en concreto; la ciencia se considera imponente ante las creaciones bellas de la Naturaleza, que en su sobria sencillez, nos presenta un conjunto de maravillas para que las admiremos, pero, a la vez, acatemos su obra misteriosa, no siéndonos posible penetrar sus arcanos.

Mariposas: sois bellas en vuestro colorido y en vuestra simetría; seguid ostentando el poder infinito del Creador.

JULIAN MORALES.

Refranes antiguos

No hay mal que cien años dure, ni cuerpo que lo resista.

—El que malas mañanas ha, o tarde o nunca las pierde.

—Quien da pan a perro ajeno, pierde el pan y pierde el perro.

—Hacer bien a villanos, es como echar agua al mar.

Lo que todos debiéramos saber

Está demostrado que los gargarismos que en la Medicina casera, y no casera, suelen usarse, para nada sirven, y ya los médicos no los recetan, convencidos de que el líquido que se gargariza no puede llegar a la parte irritada; pues apenas si llega más allá de la mitad de la lengua.

Por algo se manda hacer gárgaras a los importunos, con el deseo de que pierdan el tiempo en lo que para nada sirve.

—Cuando en el Japón nace un niño se planta un árbol y se conserva hasta que se casa el muchacho. Entonces se corta y la madera se entrega a un ebanista para que la convierta en un mueble, que se considera el ornamento más hermoso del nuevo hogar.

—En Suecia, una ley prohíbe que en las tabernas se compren bebidas sin adquirir al mismo tiempo algún comestible.

—Los indios de la Guayana cuentan por cuatro dedos de la mano, de modo que al llegar a cinco, dicen «una mano»; a diez, «dos manos», y al llegar a veinte, en vez de «cuatro manos», dicen: «un hombre»; es curioso.

—El primer Pontífice que cambió de nombre al ser elevado a la dignidad papal, fué Adriano III, romano, que sucedió a Marino en 884, y que antes se llamaba Agapito.

—Según la ley que el hierro se dilata con el calor, se calcula que la Torre Eiffel es 15 centímetros más alta en verano que en invierno.

—En los EE. UU. es muy frecuente el divorcio convenido entre los cónyuges, mediante determinada cantidad. Hace algunos años el millonario Leed entregó a su esposa un millón de dólares para que pidiera el divorcio y le permitiera volver a casar.

—Según cálculos muy aproximados, si todo secano se secase, tendrían que estar vertiendo sus aguas en él todos los ríos del mundo durante 40.000 años.

—En Inglaterra se consumen diariamente unos trescientos mil quilos de té.

—La «hidra fusca» es un pulpo que puede volverse del revés como si fuese un guante, y sigue viviendo y comiendo como si nada le hubiese ocurrido.

Juegos de manos

Juego de mandar sacar algunos naipes de la baraja y adivinarlos antes de sacarlos.

Tomas la baraja, y la barajas también con ligereza que no lo vean miras el que está debajo cuál es, dices: «Señores, ahora quiero dar la baraja a uno de ustedes, y el naip que yo les pidiere lo quiero adivinar antes de sacarlo».

Luego barajas los naipes sin mover el de abajo, y después das la baraja a uno de los que están mirando, y les pides el naip que está debajo (supongamos que es el cinco de espadas por arriba): «Deme usted el cinco de espadas por arriba, y sin mirarlo», y te dará un naip de los de arriba (supongamos que es el rey de oros), dices: «Deme usted el rey de oros por el medio», y te dará un naip por medio (supongamos que sea el as de bastos), dices: «Deme usted el as de bastos por debajo», y te dará un naip por abajo, después le dices que naip le has pedido por arriba, y te responderá el cinco de espadas, y de esta manera le preguntas los demás naipes. Adviértase que así como le has pedido no más que tres naipes, le puedes pedir los que quieras.

Juego de hacer que miren el naip de encima de la baraja y después hacerlo desaparecer.

Tomas la baraja, y la barajas naturalmente y la pones encima de la mesa, y te quedas con la mitad en la mano y dices: «Señores, yo me quiero apartar un poco de ustedes, por no ver el naip que está encima del montón de la mesa, y después que ustedes lo hayan visto lo quiero adivinar», y haces que los vuelvan a su lugar: después que lo hayan visto, y mientras te apartares dando una vuelta, te mojas con la lengua la mano derecha por encima muy poco, que sólo puedas coger el naip, y luego empuñas los naipes que tienes en la misma mano, y la dicha mano la pones encima del naip que han visto, haciendo que lo mojado que está descubierto de los de la mano se vea, y dices: «Señores, ¿es este el naip que ustedes han visto?». Y te responderán que no. Luego aprietas la mano por abajo para que se pegue el naip después levantas la mano, de suerte que no se vea el naip que está pegado debajo de la dicha mano, y dices: «Señores, vuelvanlo a mirar y búsquenlo.» y mientras te quitas el naip que te has llevado de la mano y después les dices: «¿Qué naip era?» responderán que tal naip. Vuelves a decir: «Señores, yo les hubiera enseñado el naip que ustedes dicen... Luego lo buscas con toda la baraja, y lo enseñas para que lo vean.

SALDO DE CHISTES MALOS

—¿En qué se parece un jamón a un poste de electricidad?

—Se parece en que el poste sostiene alambre y el jamón sostiene al hambre.

—¿Cuál es el colmo de un carpintero?

—Cepillar la madera con el cepillo de la ropa.

—¿En qué se parece un loco a un vaso roto?

—En que los dos no sirven para nada.

—¿En qué se parece un pájaro a un monte?

—En que tiene pico.

—¿En qué se parece un manicomio a un Ayuntamiento?

—En que en el manicomio hay falta de juicio y en el Ayuntamiento juicio de faltas.

—¿Cuál es la cosa que vuela sin alas?

—El humo.

—¿Cómo se podría uno comer un caballo de alquiler?

—Esperando a que estuviera en su punto.

Muy razonable:

El maestro.—¿Con qué letra se escribe viaje, con «v» corta, o con «b» larga.

El Alumno.—Si el viaje es corto, con «v» corta, y si es largo, con «b» larga.

—¿En qué se parece un baturro a un puro de marca?

—En que tiene faja.

—¿En qué se parecen los huevos a los billetes de banco?

—En que pueden convertirse en duros.

—¿En qué se parece una silla a un animal?

—En que tiene patas.

—¿Cuál es el colmo de Zamora?

—Guardar la puerta de Alcalá.

—¿En qué se parecen los tueros a las agujas?

—En que sólo tienen un ojo.

—¿En qué se parece un estudiante torpe a un cangrejo?

—En que va hacia atrás.

Un loco va por Zaragoza y al llegar al Puente de Piedra, mirando al agua, dice:

—Nada, hombre, nada.

La gente, creyéndose que se ahogaba a alguno, le pregunta:

—¿Qué pasa?

—Nada, hombre, nada.

En una zapatería:

El zapatero.—Oye, que por ese precio no puedo dar esas botas.

El ladrón.—Pues no doy un centimo más.

mp. de Manuel Sintes & Cía. — Plaza del Príncipe, 17

F. LLETIN DE «EL BIEN PUBLICO»

EL SECRETARIO

POR

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(92)

sentimentales, es cosa muy bonita, muy fácil y muy asequible.

¡Qué poco trabajo cuesta contentar a los pueblos!... Siempre había oído decir que eran unos salvajes, que agradecían a ceces el bien que les hacían, y qué sé yo cuántas blasfemias parecidas a éstas. No he visto nada que me escandalizase... ¿Acaso la rudeza de sus costumbres, la costra de la piel, el bronce de los rostros, son un estigma denigrante? No, no es denigrante; es altamente respetuoso, es casi venerable ese aspecto campestre del vilipendiado labrador... El polvo de la tierra que se trabaja no ensucia la frente sino la dignifica, y bajo la costra de esa piel bronceada hay unos músculos robustos, sanos, que modelan hijos fuertes para la Patria.

Yo no he visto en los pueblos ese salvajismo amenazador que, según al-

gunos, es una deshonra imperdonable... Yo no veo más que hombres respetuosísimos, mujeres honradas y laboriosas, encorvadas sobre los bancos donde escurban el vellocino del pan que han de dar a sus hijos, muchachos llenos de candorosa timidez que se entregan pacíficos a sus tareas con el pensamiento fijo en las cosechas próximas, pensando todos en el trozo de tierra que labrarán, en la crianza de sus pequeños, en los dolores y los aniegos de esta vida; tan resignados y tan pacíficos a lo que Dios envía, que a todo se amoldan como borreguillos... Donde veo verdadero salvajismo es en la gran ciudad, disfrazado y embozado con toda suerte de caretas, pero no tanto que deje de verse a simple vista. Veo en los pueblos todavía muchas virtudes enaltecedoras que en otros sitios pasaron a la historia para no volver; un gran fondo de bondad susceptible de producir copiosísimas cosechas, entre las que sobresale esa rara fruta del agradecimiento.

Pronto me marcharé de Valdeorras, llevando en la boca ese dulce sabor de las ilusiones realizadas, de los bellos

sueños, logrados, y pienso... que volveré otra vez, siendo ya otra, reviviendo en mi corazón las emociones de estos días inolvidables pasados aquí, que no se borrarán nunca de mi pensamiento.

Mañana iremos a Orihuela de despedidas, y al otro día haremos una excursión a Torre Vieja y a Guardamar. Gonzalo ha solicitado su ingreso en el Cuerpo diplomático y me acompañará hasta Madrid con su hermano Ricardo.

Y cuando empiece a apretar el calor iré a buscar las frescas arboledas de mi castillo de Vertal y la linda escuelita de Piedrafirme, donde te contaré muchísimas cosas alegres y tristes. Tu apasionada,

Maria Victoria.

Valdeorras...

—...No quiero que te vayas a Madrid sin que vengas conmigo al Colegio de Santo Domingo, donde hice mis primeros estudios. Saludaremos de paso al P. Arasti y le invitaremos a nuestra boda. Verás que contento y que

sorprendido se queda—me decía Gonzalo en la velada de anoche, a la sombra de los magnolios.

—Pues iré contigo a saludar al padre Arasti—le contesté yo.—¿No quieres nada más?

—Que me quieras muchísimo—me contestó sonriendo.

—Oye, Gonzalo, ¿por qué no le dices al P. Arasti que nos case él?—añadí bromeando.

—Conforme. Se lo diremos los dos y es irududable que nos toma de la palabra. Me alegraría porque le quiero mucho, porque ha sido el mejor de mis profesores y porque en el asunto de nuestras relaciones me aconsejó, con la alteza de miras propia de su gran talento.

—Pues ya nos estamos yendo hacia Orihuela. ¡Hala! ¡Hala!

Embebidos en nuestra inacabable conversación promesa de un nuevo paraíso, nos vemos trasladados como de repente ante el pórtico del antiguo edificio de la Orden de Predicadores, situado en uno de los extremos de la ciudad.

—Avise usted al P. Arasti—le ha dicho Gonzalo al Hermano portero,

entregándole una tarjeta mientras mis tres Pandhy y yo penetramos en el claustro severo de la entrada, en cuyo cuadrado central surge un jardín multicolor presidido por una imagen en piedra del Corazón de Jesús, que la miss contempla ensimismada.

No puedes figurarte, queridísima Luz, que grato recogimiento nos brindaba aquel regio salón de visitas y aquel silencio solamente turbado por los lejanos susurros de los muchachos, por una canción que ensayaban, y una nube de gorriones señores de las gárgolas y de los aleros y de los copidos pinos que crecen lozanos en el jardín.

Mientras avisaban y bajaba de la clausura el P. Arasti, dimos una vuelta por el claustro, entramos en el salón de actos, largo y estrecho y, ya subíamos la gran escalera para llegar a la Biblioteca y al Museo, cuando nos encontramos frente a frente del simpático jesuita.

—¡Hola Gonzalo!... ¡Qué placer!

—La duquesa de Mur—presentó Estrada enseñada.

Fué la salutación del sacerdote un modelo de sencillez y distinción tan singular, que me hicieron pensar si